

Retiro: DISCÍPULOS MISIONEROS

(Extraído de “Llamados por la Gracia de Cristo – Material de ACGA”, “Evangelii Gaudium”)

VER

Estamos iniciando un nuevo ciclo pastoral, y tras el largo paréntesis de la pandemia y del verano, necesitamos detenernos y reflexionar, no **qué vamos a hacer** los próximos meses, sino **qué espera Dios de nosotros** a lo largo de este ciclo pastoral y de nuestra vida. Porque si nuestra meditación la enfocamos como en el primer caso: “qué vamos a hacer”, nos ponemos “nosotros” en el centro; mientras que en el segundo caso “qué espera Dios de nosotros”, nos ponemos a la escucha de Dios, dejando que sea Él quien nos indique el camino a seguir.

Porque muchos que nos llamamos cristianos tenemos un sentido individualista de la vida y demasiadas veces somos cristianos de un modo cómodo, egoísta, porque vivimos nuestra fe como algo “que nosotros hacemos”, y que vamos variando y ajustando en función de nuestros gustos, apetencias y posibilidades.

La cultura y sociedad actual nos lleva al individualismo, al egocentrismo y a la falta de compromiso social. Esta cultura tiene su reflejo, como no podía ser menos, en el modo de cómo se vive la fe por parte de muchos cristianos. Se manifiesta en la tendencia a ver la fe como algo privado o individual.

Sin embargo, una de nuestras convicciones más profundas es que Jesús, el Hijo único de Dios, se ha hecho hombre entre los hombres, se ha encarnado, y que se ha comprometido con nosotros y con la Historia. Por ello, el seguimiento de Cristo nos ha de llevar a plantear la vocación cristiana, y por tanto la del laico cristiano, como una forma de vida comprometida con la realidad que nos rodea y con la construcción del Reinado de Dios que Jesús nos ha anunciado.

Nos falta la conciencia y la experiencia de que, previamente a nuestras decisiones, hemos sido llamados por Dios a ser sus hijos e hijas y enviados por Él a este mundo a vivir como tales. Tal vez, todo ello nos suene a algo muy sabido, pero en realidad lo tenemos poco sentido. Algo tan oído que ha perdido el profundo significado que encierra, la fuerza dinamizadora y trasformadora que desencadena cuando nos dejamos invadir por esa realidad misteriosa, pero real, del Dios que nos llama y nos ama.

Y máxime cuando descubrimos que esa llamada personal de Dios no es para encerrarnos en nosotros, ni menos aún para dominar y controlar nuestra vida, sino para dimensionarla, enriquecerla abriéndola a su Proyecto de Salvación del mundo.

Quizá entendemos la relación con Dios como una relación privada al margen de la vida social porque no hemos descubierto que la fe tiene unas implicaciones que han de transformar nuestras actitudes y comportamientos. Necesitamos convencernos de que Dios nos llama y nos envía a ser discípulos misioneros, sujetos responsables y hacedores, con nuestra vida cotidiana, de ese Proyecto de Salvación y de Liberación para toda la humanidad.

En resumen, o somos cristianos en medio del mundo o no lo somos de ninguna manera. El testimonio y el compromiso son el único modo posible de vivir la fe.

Para la reflexión:

- ¿Cómo he pasado la pandemia y el verano? ¿Qué destacaría de él? ¿De qué le doy gracias a Dios? ¿De qué le pido perdón?
- Ante el inicio del nuevo ciclo, ¿qué pregunta me surge espontáneamente: qué voy a hacer, o qué espera Dios que haga? ¿Por qué?
- ¿Vivo la fe de un modo privado o tengo algún compromiso público?
- ¿Me siento llamado por Dios a ser discípulo misionero, siento que Él cuenta conmigo?

JUZGAR

Muchos somos conscientes de haber recibido la llamada personal que Dios nos hace para ser discípulos misioneros. No somos un simple número en la masa de los cristianos, sino sujetos responsables, constructores, en nuestra vida y en nuestra sociedad, del proyecto Liberador de Dios. Él necesita de nosotros para construir la Iglesia, la Comunidad Parroquial, para poder llevar a cabo nuestro **objetivo pastoral**: *“La Parroquia es c@sa de tod@s”*, y el **lema** de este ciclo: *“evangelizada y evangelizadora”, discípulos-evangelizados, misioneros-evangelizadores*. Aunque seamos libres de cumplir o dejar de lado ese encargo, nadie podrá sustituirnos y ocupar el hueco vacante. Recordemos: “Lo que yo no haga, quedará eternamente por hacer”.

Mt 5, 1-11:

En aquel tiempo, la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la palabra de Dios, estando él a orillas del lago de Genesaret. Vio dos barcas que estaban junto a la orilla; los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes.

Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón:

—«Rema mar adentro, y echad las redes para pescar.»

Simón contestó:

—«Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes.»

Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús diciendo:

—«Apártate de mí, Señor, que soy un pecador.»

Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.

Jesús dijo a Simón:

—«No temas; desde ahora serás pescador de hombres.»

Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.

Como Pedro y sus compañeros, el laico cristiano es llamado personalmente al seguimiento de Cristo, a ser discípulo. Y es llamado a “ser pescador de hombres”, es decir, a ser misionero, a evangelizar. Porque ésa es la misión de quienes forman la Iglesia: anunciar con obras y palabras a Jesús y su Evangelio, la Buena Noticia del amor del Padre a todos, especialmente a los pobres. Por tanto esa es también la misión de todo cristiano. De todo laico cristiano que quiera ser fiel a su vocación.

Como nos recuerda el Papa Francisco en *“Evangelii Gaudium”* 120: En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero. Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados.

Esta convicción se convierte en un llamado dirigido a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros».

Estas palabras del Papa nos recuerdan, o nos descubren, algo muy importante: Ser cristiano es nuestra respuesta personal a una invitación personal. Jesús toma la iniciativa, no nosotros. Y llama a cada uno por su nombre. Nadie en toda la historia, ni tampoco hoy, se hubiera planteado ser cristiano si Él no hubiera llamado primero.

Recordemos la experiencia del enamoramiento: una mujer o un hombre se convierten en el centro de toda nuestra existencia. Es una presencia que nos invade completamente. Todo cambia de valor. La persona amada es el primer valor. El resto de cosas se tornan secundarias ante ella.

Pues con Jesús pasa algo parecido. No puede ser seguidor de Jesús una persona que no haya sido atraída, maravillada, enamorada por la persona de Jesucristo. Él toca el corazón y se planta en el centro de su vida. Todo cambia de valor. Él es el VALOR con mayúsculas. Lo demás: el dinero, la propia felicidad, el placer, el amor a la familia, el trabajo, el estatus social... quedan ordenados desde la relación fundamental con la persona de Jesucristo que nos ha enamorado.

Si reflexionamos un poco, podremos recordar cómo Jesús nos ha seducido, nos ha atraído, nos ha invitado a formar parte de su grupo de discípulos misioneros. Él nos ha llamado por nuestro nombre, a través de diferentes personas y hechos: un compañero, un amigo, la familia, un cura, un grupo, un catequista, un día en casa, en aquel rato de oración, en aquella actividad de la parroquia...

La propuesta de Jesús es muy especial. No llamó a los discípulos para tener simplemente unos amigos con los que convivir, unos meros “alumnos” a los que enseñar. Les invitó a estar con Él y también a anunciar el Reinado de Dios. Llamó a Pedro, a Juan, a Andrés, a Magdalena y a los otros, precisamente para compartir juntos la tarea evangelizadora que Dios le había encargado. Y les prometió su compañía hasta el fin del mundo.

Hoy Jesús Resucitado nos sigue interpelando, invita a cada uno, a cada una, a convertirse en activos trabajadores del Reino. Y la respuesta a la llamada de Jesús es el seguimiento, que tiene estas dos dimensiones inseparables: discipulado y misión.

El seguidor del Señor, el discípulo misionero, no es un “alumno” que aprende cosas sin relacionarse con el maestro. No es un imitador que sólo sabe copiar. Tiene personalidad. Es un nuevo creador. Además, el camino del discípulo misionero de Jesús es un camino de conversión a Él y al Reino de Dios. Las actitudes personales, las relaciones de pareja, la familia, el dinero, el tiempo libre y aficiones, los amigos, la formación... se van orientando en una misma dirección: Jesucristo. Y somos capaces de abandonar viejos hábitos, costumbres, valores... para ir asumiendo aquéllos que son más coherentes con el seguimiento del Señor, ayudándonos a seguir respondiendo a su llamada.

Por eso la determinación de seguir a Jesús, el discipulado, es un proceso personal que proporciona madurez, paz interior y equilibrio personal, es decir, nos hace crecer en santidad. Y, a su vez, esa experiencia de paz, equilibrio y madurez que proporciona la santidad hace surgir la conciencia de ser enviados a anunciarla y compartirla, hace surgir la conciencia de la misión. Nos sabemos y sentimos llamados y enviados por el mismo Señor a ser “pescadores de hombres”.

Esta vocación del laico cristiano no es sólo llamada y misión, es también gracia, fuerza, presencia de Dios. Al ser llamados son también fortalecidos para poder responder y vivir según la llamada recibida. La respuesta del laico cristiano no es principalmente fruto de su esfuerzo o de su gusto: la llamada es un don que se recibe. Y ese don recibido se hace visible en la respuesta responsable.

Y además, en la respuesta a esa llamada, en la aceptación y cumplimiento de esa misión, va a encontrar el camino para avanzar en la propia santidad, porque todos nosotros a lo que estamos llamados es a ser santos. Y esta vocación a la santidad debemos verla no como una obligación exigente, sino como un signo del infinito amor del Padre, que quiere que compartamos su misma vida de santidad.

Si somos miembros del Cuerpo de Cristo por el bautismo, participamos de la misma vida de santidad que la Cabeza de este Cuerpo. Por lo tanto, los cristianos no pueden contentarse con una vida mediocre, vivida desde una religiosidad superficial. Cada bautizado es llamado por el Señor a ser perfecto como el Padre celestial es perfecto [Mt 5, 48]. Introducidos en la santidad de Dios, estamos capacitados para manifestar la santidad en nuestra vida y debemos asumir el compromiso mostrar la santidad de los que somos en la santidad de lo que hacemos.

¿Y dónde se realiza esa “pesca de hombres”, dónde se concreta el discipulado y apostolado? La vocación y misión del laico cristiano es **«buscar el Reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales»** (C. Vat. II. L.G. 31). El laico cristiano está llamado a evangelizar, a vivir su vocación en medio del mundo. Es el campo que le pertenece por llamada de Dios. Porque su vocación específica **«los coloca en el corazón del mundo a la guía de las más variadas tareas temporales»** (Pablo VI, Evangelii Nuntiandi 70). En el corazón del mundo, en sus actividades desarrollan su forma peculiar de evangelización. El laico es la Iglesia misma tratando las cosas temporales. No es un delegado de otros, sino que es la Iglesia misma ordenando según Dios las realidades temporales. Es la Iglesia comprometida y actuando en medio del mundo.

Concretando todo esto de un modo general, el laico cristiano vive su vocación por medio del testimonio y del compromiso. El testimonio de una vida personal coherente con el seguimiento de Cristo. El compromiso por la transformación del mundo desarrollando su actividad, cualquiera que esta sea (familiar, social, política, cultural...), según los planes y voluntad de Dios.

Para la reflexión:

- ¿Cómo llegué al equipo o grupos del que formo parte? ¿Qué personas fueron mediación suya?
- ¿En qué pienso que consiste ser “discípulo misionero”, “ser santo”?
- ¿Cuál es mi razón principal para seguir a Jesús? ¿Me he enamorado de Él?
- ¿Noto que voy creciendo en santidad? ¿Por qué?
- ¿Dónde me pide el Señor que sea “pescador de hombres”?

ACTUAR

Todos los cristianos somos enviados al mundo por el único Señor como discípulos misioneros. Y las dificultades para evangelizar el mundo no son nuevas. Siempre han existido. Es necesario mirar cara a cara este mundo nuestro con sus valores y problemas, sus inquietudes y esperanzas, sus conquistas y derrotas; un mundo cuyas situaciones económicas, sociales, políticas y culturales presentan graves problemas y dificultades.

Pero no basta mirar cara a cara esta nueva realidad, es necesario verla como la viña a la que el Señor nos envía a todos. Ésta, y no otra, es la viña; éste, y no otro, es el campo en el que los fieles laicos están llamados a vivir su misión. Aquí el Señor quiere que los laicos, como los demás cristianos, sean sal de la tierra y luz del mundo. Y en concreto en esta parcela en la que vivo, en Benimámet, y en esta Parroquia de San Vicente Mártir.

Cuando hablamos de Parroquia no hablamos de puertas hacia dentro. El Papa Francisco nos habla de Iglesia en salida. Esta nueva realidad nos obliga a salir, a estar en medio de la gente. No es posible anunciar el Evangelio, si no estamos con las personas y nos relacionamos con ellas, si no las conocemos y las amamos, si no nos preocupamos de sus problemas y estamos dispuestos a ayudarles a afrontarlos.

Esta fue la actitud de Jesús durante los años de su vida pública. El Evangelio nos dice que recorría los pueblos y ciudades anunciando a todos el Evangelio del Reino. Si es necesario por encargo del Señor llevar el Evangelio a todos los hombres y mujeres, niños, jóvenes y mayores, debemos hacerlo desde la compasión y desde la presencia cercana y amorosa a cada uno. Jesús compadecido de las gentes que le seguían, porque estaban como ovejas sin pastor, al desembarcar se puso a instruirlos largamente [Mc 6, 34].

Ante las dificultades para evangelizar, los laicos, al igual que los curas y personas de especial consagración, corren el peligro de refugiarse en un falso espiritualismo, celebrando la fe con los restantes miembros de la comunidad, pero olvidando que deben dar testimonio de ella en el mundo. La falta de frutos pastorales puede llevarnos a todos a cerrarnos sobre nosotros mismos o puede impulsarnos a la realización de un conjunto de actividades pastorales al interior de la parroquia, olvidando que la vocación laical fundamentalmente debe concretarse en el mundo.

En ocasiones, muchos cristianos, curas y religiosos continuamos actuando con los mismos métodos como si fuese una sociedad cristiana, olvidando el cambio de la realidad. Ante este cambio de la realidad no podemos seguir repitiendo las mismas cosas y del mismo modo que lo hacíamos cuando todos se consideraban creyentes.

Por eso nos dice el Papa Francisco en *“Evangelii Gaudium”* 24: La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan. Vamos a detenernos en estas cinco ideas:

«Primerear»: La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor; y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Como hemos dicho antes, ser cristiano es nuestra respuesta personal a una invitación personal. Jesús toma la iniciativa, no nosotros.

Como consecuencia, la Iglesia sabe «involucrarse». Jesús lavó los pies a sus discípulos. El Señor se involucra e involucra a los suyos, poniéndose de rodillas ante los demás para lavarlos. La comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo. Ser discípulos misioneros nos obliga a salir, a estar en medio de la gente. No es posible anunciar el Evangelio, si no estamos con las personas y nos relacionamos con ellas.

Luego, la comunidad evangelizadora se dispone a «acompañar». Acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean. Sabe de esperas largas y de aguante apostólico. La evangelización tiene mucho de paciencia. No basta una relación superficial, asistencial, porque tampoco es posible anunciar el Evangelio si no conocemos a las personas y las amamos, si no nos preocupamos de sus problemas y estamos dispuestos a ayudarlas a afrontarlos.

Fiel al don del Señor, también sabe «fructificar». La comunidad evangelizadora siempre está atenta a los frutos, porque el Señor la quiere fecunda. Cuida el trigo y no pierde la paz por la cizaña. Encuentra la manera de que la Palabra se encarne en una situación concreta y dé frutos de vida nueva, aunque en apariencia sean imperfectos o inacabados. Los discípulos misioneros debemos ponernos en camino aunque no tengamos muy claros los pasos que debemos dar y aunque no veamos frutos o éstos sean pobres. Como Jesús, tenemos que fiarnos sobre todo y ante todo del Padre y de sus promesas. No actuamos nunca por cuenta propia, sino en nombre de quien nos llama y nos envía constantemente para colaborar con Él en la extensión del Reino.

Por último, la comunidad evangelizadora gozosa siempre sabe «festejar». Celebra y festeja cada pequeña victoria, cada paso adelante en la evangelización. La evangelización gozosa se vuelve belleza en la liturgia en medio de la exigencia diaria de extender el bien. La Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia, la cual también es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso. Podemos festejar porque, en el recorrido del camino, aunque existan dudas y oscuridades, también existen certezas y claridades. Y la primera claridad es la certeza que no debemos olvidar nunca: que Cristo vive y es Él quien nos llama y envía a todos a trabajar a su viña.

Esto quiere decir que Él camina con nosotros y nos lleva de la mano. Es más, Él envía siempre su Espíritu Santo sobre nosotros y sobre el corazón del mundo para curar nuestras heridas y nuestros cansancios. El Espíritu es siempre el primer evangelizador. Él nos precede y acompaña siempre, iluminando la mente y el corazón de cada ser humano, aunque no sea creyente. Y por eso festejamos.

El Señor nos llama y envía, por eso tampoco debemos olvidar en la acción evangelizadora que somos discípulos y misioneros de un Maestro que no se echó atrás cuando llegó el momento de entregar su vida por la salvación de la humanidad, cumpliendo en todo momento la voluntad del Padre. Si el discípulo no es más que su Maestro, todos los cristianos debemos asumir con convicción que la cruz va a formar parte esencial del discipulado y de la misión y, por tanto, del camino de santidad. No hay verdadero amor, sin sufrimiento y compasión. El amor verdadero nos impulsa siempre a cargar con las propias cruces y a acompañar también a todos aquellos que, por las circunstancias de la vida, tienen especiales dificultades para llevar las suyas.

Para la reflexión:

- ¿Soy capaz de amar el “campo” al que el Señor me ha enviado, o me encierro en un falso espiritualismo? ¿Por qué?
- Siguiendo las palabras del Papa: ¿Me siento “primereado” en el amor? ¿En qué me debería “involucrar”? ¿A quién debería “acompañar”? ¿Dónde estoy viendo “fructificar”? ¿Acostumbro a “festejar” con el resto de la comunidad parroquial?
- ¿Qué cruz debo cargar como discípulo misionero del Señor? ¿Qué cruces ayudo a llevar?

Retiro: **DISCÍPULOS MISIONEROS**

(Extraído de “Llamados por la Gracia de Cristo – Material de ACGA”, “Evangelii Gaudium”)

VER:

- ¿Cómo he pasado la pandemia y el verano? ¿Qué destacaría de él? ¿De qué le doy gracias a Dios? ¿De qué le pido perdón?
- Ante el inicio del nuevo ciclo, ¿qué pregunta me surge espontáneamente: qué voy a hacer, o qué espera Dios que haga? ¿Por qué?
- ¿Vivo la fe de un modo privado o tengo algún compromiso público?
- ¿Me siento llamado por Dios a ser discípulo misionero, siento que Él cuenta conmigo?

JUZGAR: Mt 5, 1-11

En aquel tiempo, la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la palabra de Dios, estando él a orillas del lago de Genesaret. Vio dos barcas que estaban junto a la orilla; los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes. Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón:

—«Rema mar adentro, y echad las redes para pescar.»

Simón contestó:

—«Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes.»

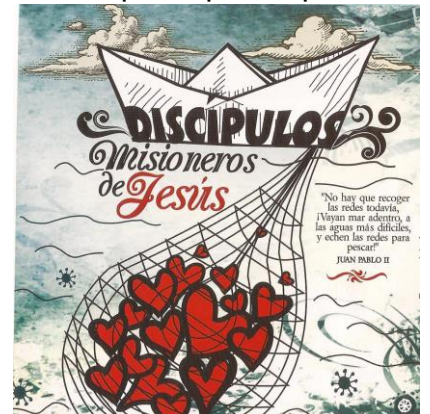
Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús diciendo:

—«Apártate de mí, Señor, que soy un pecador.»

Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón:

—«No temas; desde ahora serás pescador de hombres.»

Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.



- ¿Cómo llegué al equipo o grupos del que formo parte? ¿Qué personas fueron mediación suya?
- ¿En qué pienso que consiste ser “discípulo misionero”, “ser santo”?
- ¿Cuál es mi razón principal para seguir a Jesús? ¿Me he enamorado de Él?
- ¿Noto que voy creciendo en santidad? ¿Por qué?
- ¿Dónde me pide el Señor que sea “pescador de hombres”?

ACTUAR:

- ¿Soy capaz de amar el “campo” al que el Señor me ha enviado, o me encierro en un falso espiritualismo? ¿Por qué?
- Siguiendo las palabras del Papa: ¿Me siento “primereado” en el amor? ¿En qué me debería “involucrar”? ¿A quién debería “acompañar”? ¿Dónde estoy viendo “fructificar”? ¿Acostumbro a “festejar” con el resto de la comunidad parroquial?
- ¿Qué cruz debo cargar como discípulo misionero del Señor? ¿Qué cruces ayudo a llevar?